

ilda elena grau

carta a claudia

Esta carta, hija mía, es mi único puente hacia ti. No creo poder comunicarme contigo frente a frente. . . Las palabras nunca han sido nuestras. Jamás las hemos podido compartir.

Me doy cuenta de que estamos muy lejos. Tu mundo de estudios, de feministas y mil proyectos descabellados no es el mío. Mi mundo, mi pequeño mundo doméstico de pájaros enjaulados, de precios cada día más altos y rincones que deben ser desempolvados, no es el tuyo. Y sin embargo, nuestras vidas tan distantes, ¿no podrían tocarse tan sólo un minuto? Creo que tú tienes muchas cosas que decirme. . . y quizá que reprocharme. Y yo, yo podría contarte muchas cosas también. Contarte sobre mí, sobre una mujer con la que muchos años has vivido y de la que tan poco realmente conoces.

No, no te preocupes, esta vez no sería para justificarme, para disculparme ni pedirte solamente un poquito de comprensión. Sería para mostrarte cuán similares somos, a pesar de todo. Las dos vivimos en un mundo que nos niega muchas cosas a las mujeres. Yo me he dejado doblegar; jamás soñé que me quedara otra salida. Tú, tú estás luchando a tu manera por salir del infierno, por lograr ser toda una persona. No sé si lo lograrás. No creo que esté en uno la capacidad de cambiar el mundo. Tengo miedo, mucho miedo de que te hagas daño; de que te hagan

daño. Quizá mi camino sea más fácil. Pero sigue adelante, tal vez me equivoque y sí logres cambiar el mundo.

A veces, de noche, cuando todos duermen y la casa y mi tiempo son realmente míos, comienzo a imaginarte a ti, a mi primogénita, en el futuro. Te veo rodeada de gente importante; pareces muy seria. Junto a ti no está un esposo ni unos hijos traviesos, sino sólo libros, conocimientos, viajes. Y me pregunto, ¿no te sientes sola? Pero la tuya quizá sea una forma menos triste de soledad.

Yo nunca se lo he dicho a nadie —sólo al padre Julián una vez, y sentí que hacía mal— pero ahora te confieso, sin sentir culpa, que me siento terriblemente sola. Tu padre me quiere y es un hombre muy bueno, pero nunca lo he sentido un compañero. Ustedes. . . pensé que con ustedes jamás me llegaría la



soledad, ni la angustia. Quise hacerlos parte de mí para que no me dejaran nunca; pero, fíjate, tú ya te has ido. Y tus hermanos no tardan en marcharse.

¿Amigas? Unas cuántas. Pero Raquel, Beatriz y Marina tienen demasiado quehacer como para escucharme o contarme sobre ellas. . . O a lo mejor tienen miedo. Si, todos tememos hablar. Justamente por eso te escribo ahora; porque no me atrevo a hablar contigo. Serían quizás demasiado duras las cosas que tenemos que decirnos. Todavía tengo fresco el recuerdo de mi propia madre evitando tocar "ciertos temas" —o sea los temas más importantes— conmigo. Parece que desde hace mucho tiempo las madres y las hijas son seres extraños que a veces llegan hasta a odiarse. Hija mía, yo no quiero que me odies, ni quiero odiarte. J